

El Alma rusa

PRIMERA PARTE

Ahí está, frente a todas las influencias del bien y de la justicia, el gran foco de infección revolucionaria, el centro donde confluye la trama múltiple de la incubación comunista mundial: Moscou, Rusia.

Rusia.

La de las extensiones sin confin, agarrotadas de frío y flageladas por las tempestades. La del alma transida del hielo del ateísmo y crucificada por un despotismo sin ataduras.

Pero no confundamos en una misma maldecidora execración a los que son víctimas del monstruo apocalíptico con los únicos fautores y responsables de la desventura de aquellos. No midamos con el mismo rasero, porque sería falsedad, a los gerifaltes stalinianos y al pueblo ruso, desamparado y roto de dolor, pero bueno, sencillo, religioso...

Para ello, vamos a estudiar, su alma, la atormentada.

Trataremos de abordar el tema de frente y en su profundidad. Analizaremos la contextura íntima del alma rusa, su misma médula espiritual. ¿No es el corazón la fuente y la explicación última de toda la vida del hombre?...

Patentizaremos sus virtudes, que las tiene y muy acrisoladas, sin silenciar, por eso, la células inficionadas. Nuestra mirada, sin embargo, sea benigna y sobrenatural. Rusia sufre indeciblemente. Y cualesquiera que aparezcan los harapos externos y los detritus de dentro, que no se borre de nosotros la certidumbre de que invalorable tesoros hay, depositados por Dios, en las almas inmortales. Y que Jesucristo esperó, cabe la fuente de Siquén a una mujer que tuvo cinco maridos...

Gestación psicológica

"Yo, soy yo y mis circunstancias", se ha dicho, significando con ello la variedad de elementos que entran necesariamente a forjar nuestra personalidad.

En efeco, no somos fanal en hermetismo perfecto. Para cristalizar nuestro "yo" definitivo, necesitamos de los demás y completamos otras vidas. Ni nacemos en pleno acabamiento de fondo y forma. El niño, sólo posee su estructura última en embrión, en semilla. Posee la materia prima: cualidades, apetencias, energías, que múltiples eventualidades externas irán perfilando y forjando lentamente su índole peculiar.

Idéntico es el proceso en la forja de la psicología de los pueblos. Los agentes que en ella intervienen son múltiples: geografía, clima, recursos naturales, convivencia con otras razas, acontecimientos y, sobre todo, la propia historia, la tradición nacional que va sedimentando los substratos básico-caracterizadores de la raza, sus anímicas peculiaridades.

Rusia. Origen. Misticismo.

Los rusos constituyen, en su origen, una rama del gran tronco oriental eslavo; se establecieron en la estepa, al sur y en contacto con la selva. En su sangre eslava, en derrumbamiento de cultura y de imperio para aquellas fechas, había una incoercible propensión al placer, al arte de exaltada policromía, a lo espectacular y llamativo.

En el siglo IX (862), sea que fueran violentamente sojuzgados, como afirman unos historiadores, sea que se concordaran por las vías de la amistad, como otros escriben, lo cierto es que lograron su propia unidad nacional bajo el mando de Rurik, jefe de los normandos (hombres del Norte), con los cuales se fusionaron.

El normando, cuerpo de roble, tallado para la guerra, traía instintos de crueldad y de valentía, de ferocidad y de preferencia por lo heroico; era el turbión cuesta abajo. De la unión de rusos y normandos resultó el gran ruso, único del que hablaremos, amalgama extraña de exquisitez y de brutalidad, de sentimentalidad hipersensible y de salvajismo;

fantasía exaltada y materialismo burdo.

Su vida, anclada en la planicie sin término, hecha de silencio, sobre la que se expanden —en la noche— inmensidades pobladas de estrellas; anclada en el reposo perenne en que el cielo, los campos, ¡los hombres!, parecen adormidos en éxtasis contemplativo, además de hondura en el sentir, fuése transfigurado de inquietud espiritual, de necesidad de buscar a Dios, cuya presencia presentía cercana, en contacto íntimo con las obras de sus manos. Su alma, originariamente piadosa, desde entonces se forjó religiosa hasta el misticismo; sentimiento que quedaría remansado en el fondo a pesar de todas las perturbaciones superficiales.

Por otra parte, la crueldad del clima, lo rudamente áspero de sus faenas de agricultura, caza y pesca, y la pugna angustiosa contra los elementos naturales, íbales agilitando para el sufrimiento resignado. Eran alegres, con alegría rústica y sencilla. Trocábase su vida gradualmente más humana y sociable, expuesta siempre a las alternativas de su exaltada sensibilidad, versátil y violenta.

Los Tártaros

Pero al alborear el siglo XIII (1230), sobreviene la primera apocalíptica catástrofe del pueblo ruso.

Un día, la paz inviolada de la estepa silenciosa, sintióse estremecida por el estruendoso galopar de miles de corceles en desenfreno... Era la terrible invasión mongólica, arrasándolo todo.

Dos largos siglos (1230-1480), hubieron de padecer los infortunados rusos bajo la férula salvaje de las hordas de Gengis Kan; y el odio que distanciaba a los invasores y vencidos, no pudo evitar la mixtión anímica de ambos. A ella aportaban los tártaros, complexión asiática cien por cien, el instinto bestial, destructor, arrebatado; la bruma pavorosa de enigmáticas supersticiones espectaculares; el fanatismo oriental y, como consecuencia, la refracción hermética a toda occidental interferencia.

Este prurito de enclaustrarse en las fronteras nacionales parece endemia de todos los imperios asiáticos. Recordemos el aislamiento en que se mantenía el pueblo judío, aun respecto de sus subyugadores, inmensamente más cultos que él; la cerrazón de Japón y China hasta última

hora.

En Rusia, este enfrentamiento contra el Occidente, provocará, como veremos, una de las más trágicas luchas de un pueblo por su propia vida.

Aportaron, igualmente, los tártaros, el espíritu de esclavitud resignada en los súbditos, y el de tiránico despotismo en los primates, cuya autoridad se reconcentrará toda en la omnipotencia del zar.

Las consecuencias de esta forzada convivencia con los hijos del Mediodía fueron irremediabilmente fatídicas para el alma rusa. Como se hallaba en período de formación, cualquier leve toque recibido, como en materia dúctil, dejaba su impronta indeleble y marcaba un rasgo permanente. Así, los estratos anímico-raciales que absorbía junto con la sangre mongólica, iban sedimentándose, remansándose en el fondo psicológico ruso y generando las líneas matrices de su definitiva idiosincrasia.

Los pocos gérmenes de cultura cristiana, sembrados por el convertido rey San Wladimiro el Grande, son raídos por la cimatarrá tártara.

La alegría se desvaneció para siempre. El ruso, en adelante, portará en sí mismo raíces hondas de melancolía, de indefinible tristeza, cuyos brotes aflorarán inevitablemente en toda exteriorización de sus sentimientos: pintura, música, literatura, relaciones sociales...

Liberación del yugo tártaro.

Al fin, tras tenaz y ensangrentada contienda, consigue Iván IV el Terrible la emancipación y expulsión de los mongoles. Alcanza la liberación de su yugo brutal y externo. Pero ya se habían intoxicado de su veneno. Quedaban ya, depositados en incrustación inamovible, los substratos tártaros. Estaba decidida e indeleblemente delineada la contextura asiaticada del alma rusa, manantial y raíz de que se nutrirá, en los siglos XIX y XX, el misticismo paneslavista; y la sombra de este entenebrecido y turbio período perseguirá después, obsesionantemente, enloqueciendo de pavor, de inquietud desesperada, a los genios de la literatura, hundidos en inmensos conflictos cultrales.

“¡Dios mío, qué triste es nuestra Rusia!”

Desde la liberación (1480) hasta Pedro el Grande (1725), no hay alteración alguna acusable en la con-

figuración psicológica rusa. Por el contrario, se acentúan los rasgos raciales ya apuntados.

Luchas continuas, casi siempre coronadas por el triunfo, con los pueblos circundantes, al mismo tiempo que amplificaban las fronteras del imperio, aureolan de gloria y prestigio la frente de los zares, que se van tornando encarnación viva de una autocracia arbitraria en permanente paroxismo, hasta constituirse, con Pedro el Grande, en Patriarca Cabeza de la Iglesia, dando origen al cesaropapismo, la peste tal vez más dañina y esterilizante de la religión.

La esclavitud se recrudece en términos increíbles favorecida por la crasísima ignorancia de los campesinos. El zar es el amo omnímodo de los hombres y de las cosas, a pesar de los frecuentes regicidios que ensangrientan el trono.

Se acusa más honda y densa la tristeza, en franca declinación hacia el pesimismo. Más tarde, al leer Puskhin "Almas Muertas" de Gogol, exclamará: "¡Dios mío, qué triste es nuestra Rusia!".

Escisión. Semillas de soberbia.

Entretenidos en las luchas citadas y traidoramente minados por los emisarios de Migel Cerulario, el jefe de la Escisión, se sorprendieron un día en absoluto desconectados de Roma y arrastrados al escándalo del Cisma. Historia tan sabida cuanto triste, que no hay por qué repetir.

La soberbia nacional, como resultado natural del aislamiento, del dogma en la propia supremacía racial y de los inmensos recursos naturales, se iba acreciendo en proyecciones insospechadas.

Por otra parte, a partir sobre todo de Pedro I el Grande y de Catalina II, Rusia ha ido creándose con sus triunfos militares y con los no menos estratégicos y eficaces de su habilísima diplomacia, un Imperio que será pronto el más vasto de la Historia. Bajo su férula inmediata o dentro de su esfera de influencia, se agrupan todos los pueblos eslavos, cuyo ambiente cultural se nutría casi exclusivamente del influjo moscovista ágilmente manejado por los autócratas rusos.

Los eslavos, fascinados por la potencialidad rusa y por su indesviada adhesión a lo auténticamente tradicional, y espiritualmente ganados por un clero ignorante vendido al poder

temporal de Moscou, comenzaron a ver en el pueblo ruso al único del mundo que guardaba, en sagrado depósito, los más profundos valores religiosos y sociales.

El alma rusa en sus artes. Dolorida sensibilidad

Dejando, pues, al pueblo ruso en la plenitud de su madurez en el espíritu oriental, vamos a abrir un paréntesis para recorrer brevisísimamente algunas artes rusas en cuanto reflejan la idiosincrasia de ese pueblo.

La escultura, sentenciada a muerte por el dogmatismo orodoxo como idólatra, no tuvo apenas floración.

La arquitectura, la auténticamente autóctona, se reduce a las "isbas" o casas de madera, y a las iglesias campesinas, de torres puntiagudas, en llamativo contraste con la horizontalidad de las estepas cegadoramente blancas bajo el sueño de la nieve. ¡Qué solémnes rodaban sobre la planicie encalmada, tendida hacia el infinito, los pausados y anchos sonidos de las campanas, que caían de allá arriba, como una invitación del cielo a la ascensión, abriendo venturosamente el silencio del indefiniblemente melancólico paisaje ruso! Cuando ellas cantaban, los hombres se sentían más hermanos y todos más cerca de Dios.

Los monumentos posteriores, que tomaron su origen en estos principios tan sencillos, se distinguen más por el arte de agrupar las masas (instinto de colectividad tan enraizado en los rusos), de calcular las proporciones y armonizarlas con el paisaje que en el acabamiento de los pormenores.

Al abrirse el Imperio hacia el Occidente, la arquitectura, en las grandes urbes, atraviesa, sincrónicamente, las mismas fases evolutivas que en los países europeos.

El arte del pincel, se circunscribe en sus dos primeros períodos, a la decoración de las iglesias y reproducción de imágenes de santos. Pero luego adquirirá insospechadas perspectivas de belleza y productividad. En la Exposición de Venecia, de 1924, el pabellón ruso pasaba por el conjunto más brillante y valioso.

Arte, directa e indirectamente influenciado por el espíritu religioso ruso, en la cual, la mística, verdadera o falsa, prepondera decidida y esencialmente, necesita acusar dicho carácter. A nosotros, los occidentales,

hechos al júbilo que el Renacimiento inculcó en nuestras artes plásticas, se nos figuran fríos e inexpresivos las Vírgenes y Cristos rusos. Y no es así. La vida circula intensamente por esos ojos fijos de los Pantocrátor; no vida tangible que los ojos aprehendan, sino vida del espíritu, vida de sentimiento hondo, transfigurada en anhelo de infinitud.

Es arte primordialmente religioso. No se pinta para halago de los sentidos; sino para ayuda del espíritu. Recordemos que el acabamiento decisivo en la fijación de los prototipos de Cristo y de la Virgen, lo rogó de los monjes sirios y mesopotámicos; es decir de allí donde nació su cuna la mística cristiana.

En la realización externa, prevalece la fastuosidad cromática. Un poco de piroctenia con las luminarias de los colores. Porque, no debemos olvidar que esa hondura y exquisitez de emotividades, ese inarrancable instinto religioso se cubre, en el ruso, bajo una fronda, seductora y profusa, sensitiva de todos los atractivos de la materia.

Pero donde más hondamente grande y humano se revela este pueblo singular en en aquel lenguaje en el que, sin palabras, como los ángeles, se transmiten los hombres lo más espíritu del espíritu: en la música. El idioma de la pasión y del sentimiento, desde el principio, fué en el ruso instintivamente musical. Sus compositores, alcanzan valor mundial incomparable, y tal vez, ninguno como ellos consigue conmover las más recónditas fibras del alma.

Quizás la música rusa no se distingue demasiado por su escrupuloso ajuste a las preceptivas estéticas, pero ninguna como ella es tan íntegramente aprehendida por los espíritus. Porque, repitiendo una vez más, los rusos, al igual y en mayor grado que todos los orientales, por su peculiar complejión anímica, poseen la maravillosa facultad de conjugar armónicamente el espíritu y lo corporal, la idea y la materia, lo imponderable y lo que se palpa; y también, porque desde los albores de su aparición sobre la tierra, el alma rusa ha tenido siempre como compañera de ruta al sufrimiento, y no hay música más conmovedora, más humana y asequible que la de un corazón que llora.

El desventurado morador de las

estepas, avasallado por las hordas tártaras, victimado por sus mismos déspotas gobernantes, juguete de todas las vicisitudes materiales y del alma, no tenía más esparcimiento a su desahogo, ni más medio de recomfortarse y de cantar su fe religiosa, que decirse a sí propio su angustia y sus anhelos, en sus melodías improvisadas, espontáneas, transfloradas de su música íntima.

Esta fué la lírica popular rusa, única en el folklore humano por su profundidad y fecundidad. Sus canciones son translúcida e íntegra transfusión de cuanto conmovía aquellas ingenuas almas campesinas, y es tal su flexibilidad y expresividad que puede en ellas reflejarse los más sutiles e inefables matices del sentimiento humano.

Luego, cuando lleguen los genios, (no es preciso nombrarlos aquí), remontarán a cumbres insuperadas esta música —vibración inmensa de toda la secular tradición nacional— en la que, unas veces rugirá, en gigantesco clamor bélico, la salvaje sinfonía de los instintos vengativos, los alaridos del dolor y de la rebeldía, sacudiendo las raíces más entrañadas del espíritu, como los dramas de Shakespeare; y otras, insinuándose en el alma como impalpable sugerencia, inmaterialmente rozándola como alas de seda imponderables, pondrá en ella sedancia para el dolor más íntimo y recatado, la envolverá en la ternura infinita de melodías con ritmo de canción de cuna, donde palpita el ansia viva de Dios, el amor inmanchado a la hermanita enferma, la piedad endulzada y hecha ingenuidad a la Virgen Santa María. Y todas ellas, embalsamadas, transidas de una inefable melancolía nostálgica...

Próximamente veremos cómo se abrió Rusia a la cultura renacentista europea y la trágica contienda que, entre las corrientes occidentalistas y el fondo asiático del alma rusa, se desencadenó angustiosamente, en los escritores de ese país, con la desventura de los que militaban por una europeización de su sangre orientaleslava y el triunfo suicida de quienes forcejearon locamente por la divinización de la propia raza degenerada por ellos mismos, derivando luego al bolcheviquismo para abocar en último término al despotismo actual.

Carmelo Salvatierra, S. J.